

¡ALERTA! UN MONSTRUO EN LA FAMILIA

José Ignacio Valenzuela

ILUSTRACIONES DE **Axel Rangel**

CAPÍTULO 1

Tengo tres problemas graves. ¡Tres! Y no, no son solamente graves. ¡Son gravísimos y no sé cómo solucionarlos!

El primero es que mi papá se tragó, sin decirle nada a nadie, todo el litro de helado de chocolate. Eso le pasa cuando se pone nervioso por algún asunto de trabajo. Entonces le da por comer y comer, y se levanta durante la madrugada a abrir el refrigerador para devorarse todo lo que haya dentro. Y de seguro eso fue lo que sucedió anoche. Sin saberlo, mi papá me metió en el peor de los líos.

El segundo problema es que perdí mis anteojos y sin ellos no puedo ver bien. Todo lo que tengo enfrente se me pone un poco borroso: me tropiezo con los muebles, me caigo al bajar las escaleras y, por supuesto, soy incapaz de leer correctamente. ¡Y en estos momentos de mi vida eso es algo de vida o muerte!

El tercero es que por error transformé a Mauricio, mi hermano mayor, en un monstruo terrible y peligroso, cuando lo único que deseaba era que obedeciera mis órdenes y me dejara en paz.

¡Pero yo no sabía que se había acabado el helado de chocolate, ni que mis anteojos se iban a romper, ni que a mi hermano le iba a crecer una cabeza de hombre lobo, ni que sus brazos se iban a transformar en dos largos tentáculos llenos de ventosas, ni que dos alas de dragón le iban a aparecer en mitad de la espalda...!

Y por si fuera poco, todavía estoy tratando de descubrir si mi vecino, el señor Antón Otín, es otro de mis problemas. A veces pienso que sí. A veces pienso que no. El punto es que tiene la piel demasiado blanca para ser normal. Su cara, sus manos y su cuello son tan pálidos que parecen hechos de un papel tan transparente que pareciera estar siempre a punto de romperse. Y como sólo lo veo aparecer al otro lado de su ventana por las noches, cuando ya ha salido la luna en el cielo, hay días en los que creo que el señor Otín es un vampiro y que en cualquier momento se va a aparecer en mi casa para enterrarle los colmillos a toda mi familia.

Como ven, tengo tres problemas graves y una duda que no me deja vivir tranquilo. ¡No sé qué hacer! Y aunque a mis once años ya he resuelto varias

dificultades, nunca se me habían presentado tantas ni tan graves.

Mi vida es un caos. Y si me tienen un poco de paciencia, quisiera explicarles cómo llegué hasta este punto.

Pero ¿están seguros de que quieren saberlo...?

CAPÍTULO 2

Todo empezó cuando mi papá exclamó una tarde después de volver de su trabajo:

—¡Ahora voy a ser mi propio jefe!

Mi mamá de inmediato se puso nerviosa y lo persiguió por toda la casa preguntando mil cosas, sin detenerse ni un sólo instante para tomar aire:

—¿Renunciaste? ¿Tu jefe renunció? ¿Te obligaron a renunciar? ¿Cómo vas a ser tu jefe si tú nunca antes has sido jefe de nada? ¿De quién vas a ser jefe? ¿Qué va a pasar con el jefe que tienes ahora?

—¡Déjenme explicarles! —pidió mi padre cuando por fin consiguió interrumpir a mi mamá.

Nos contó que después de muchos años, su jefe en la fábrica de caramelos había llegado por fin a esa edad en donde los adultos pueden decidir por primera vez si dejan de trabajar o no, y él había elegido quedarse en su casa para no tener que seguir levantándose temprano todas las mañanas. Entonces, como ya no iba a ser más el jefe, necesitaban encontrar a otro, rápido... y eligieron a mi papá para que lo reemplazara.

—¡Pero ésa es la mejor noticia que podías haberme dado! —festejó mi mamá mientras aplaudía y abrazaba a mi papá.

A Mauricio y a mí, la verdad, no nos importó mucho aquella noticia, porque nadie se encargó realmente de explicarnos en qué iban a cambiar nuestras vidas a partir de ese momento. Aun así yo supe que la mía iba a cambiar cuando mi padre le prometió a mi mamá:

—El próximo sábado vamos a ir a celebrar a un restaurante muy elegante y caro. Mauricio ya tiene edad para quedarse cuidando a Max por varias horas.

Ah, por si acaso, Max soy yo. Me llamo Maximiliano, pero todos me dicen Max.

Mauricio se quejó de que él tenía planes para ese sábado, que él no era la niñera de nadie y que no podían arruinarle su fin de semana obligándolo a cuidar a un niño insoportable y molesto como yo. Pero eso no es verdad, porque yo nunca he sido insoportable ni molesto. Las veces anteriores que he quedado a cargo de mi hermano mayor, siempre me he ido a mi recámara a leer tranquilo para no incomodarlo en nada. Pero es él quien me persigue para darme órdenes: “¡Max, prepárame

un sándwich de queso!", "¡Max, ordéname el cuarto!", "¡Max, saca tú a pasear a Azúcar y llévala a dar cinco vueltas a la manzana!", "¡Max, hazme la tarea de matemáticas, que yo no entiendo nada!", "¡Max, vete a comprarme una barra de chocolate, que ya se me acabó!".

A ver, les explico varias cosas: Azúcar es nuestra perrita chihuahua y tiene apenas dos años. El problema es que ella nació con mucha energía, más de la que necesita, y siempre está saltando y corriendo adentro de la casa. Y como se mueve tanto, a veces rompe los adornos porque no se da cuenta de la velocidad que alcanza. Entonces una de las tareas de Mauricio es sacarla a pasear varias veces al día para que así se canse y ya no le queden ganas de alborotar. Pero a mi hermano no le gusta cumplir con su deber y siempre hace todo lo posible para obligarme a mí a que lo haga.

Y lo otro: a pesar de que soy cinco años menor que Mauricio, soy mucho más inteligente que él. Por eso yo sí entiendo todas sus tareas, incluso las de matemáticas. A él sólo le sale bien chatear durante horas con sus amigos, pasarse la semana



entera sin ducharse ni peinarse y comer chocolate a todas horas del día.

Supe de inmediato que apenas nuestros padres salieran a cenar el sábado, Mauricio iba a comenzar a atormentarme con sus exigencias de hermano mayor. Pero esta vez sería distinto: no iba a permitir que eso sucediera.

¡Tenía un plan infalible para evitarlo!

